





# LA PUREZA DE LAS PALABRAS



JENNY ERPENBECK

LA PUREZA  
DE LAS PALABRAS

Traducción de María Graciela Tellechea



Erpenbeck, Jenny

La pureza de las palabras. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:  
Edhasa, 2014.

96 p. ; 22,5x14 cm.

Traducido por: María Graciela Tellechea  
ISBN 978-987-628-332-8

1. Narrativa Alemana. 2. Novela. I. Tellechea, María Graciela, trad. II. Título  
CDD 833

Título original: *Wörterbuch*

Diseño de cubierta: Juan Balguer y Cristina Cermeño

La traducción de esta obra fue subsidiada por el Goethe-Institut Buenos Aires que cuenta con el apoyo financiero del Ministerio Federal de Relaciones Exteriores de Alemania.



Para la traducción de esta obra la traductora se benefició con una beca otorgada en el arco de *En tránsito: residencias de traductores, Buenos Aires - Berlín*, actividad organizada por la Fundación TyPA en colaboración con el Literarisches Colloquium Berlin y con el apoyo del Goethe-Institut Buenos Aires.

Primera edición en Argentina: octubre de 2014

Wörterbuch by Jenny Erpenbeck

First published in 2005

©Verlagsgruppe Random House GmbH

© Albrecht Knaus Verlag

a division of Verlagsgruppe Random House GmbH, München, Germany

www.randomhouse.de

Este libro fue negociado a través de Ute Körner Literary Agent, S.L.U., Barcelona

www.uklitag.com

© de la traducción María Graciela Tellechea, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-332-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Impreso por EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S.A.

Impreso en Argentina

Esta edición de 2.500 ejemplares de *La pureza de las palabras*, de Jenny Erpenbeck se terminó de imprimir en EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S.A., Comandante Spurr 631, Avellaneda, el 30 de septiembre de 2014.

*A mi padre, de corazón*





*Por lo general, solo quedan un par de huesos.*

Schimmeck

*Acá desapareció una generación.*

Fonderbrider

*...bên zi bêna, bluot zi bluoda  
lid zi geliden, sose gelimida sin!  
...hueso con hueso, sangre con sangre,  
miembro con miembro, así de unidos  
estén el uno con el otro.*

Segundo Conjuero de Merseburg



¿Y para qué están mis ojos, si ven pero no ven nada? ¿Para qué mis oídos, si oyen pero no oyen nada? ¿Para qué todo esto ajeno a mí, en mi cabeza?

Pensarlo, surco cerebral por surco cerebral, hasta aniquilarlo, hasta que tal vez bien en el fondo se vislumbre una cucharita llena de mí. Apropiarse del recuerdo como de un cuchillo y apuntarlo contra él mismo, apuñalar el recuerdo con el recuerdo. Si es posible.

Papá y mamá. Pelota. Auto. Quizá las únicas palabras que estaban intactas cuando las aprendí. Esas mismas que después, invertidas, arrancadas de mí y colocadas de nuevo al revés: lo contrario de pelota ahora pelota, de papá y mamá, papá y mamá. ¿Qué es un auto? Todo el resto de las palabras con una mitad silenciada desde el comienzo como si hubiese plomo colgando de sus pies, tal como la luna va arrastrando consigo su lado oscuro, incluso cuando está llena. Pero igual gira. Para mí las palabras estaban fijas pero ahora las dejo ir, y si no queda otra, amputo uno que otro pie. Pelota. Pelota.

*Buenas noches, que descanses.* Mi madre me lleva a la cama. Mientras canta, me acaricia la cabeza con una mano. Mano

blanca y seca que acaricia la cabeza de una niña. *De rosas bañada*. Ojos color agua que dirigen su mirada hacia mí, mientras se me van cayendo los ojos. *Con clavitos decorada*. Son claveles, diría ella, si viese que en ese verso empiezo a llorar de nuevo. Claveles, no llores. Pero para llorar hoy ya es demasiado tarde, estoy camino al sueño de forma irreversible, claveles no son, sino clavitos puntiagudos con los que alguien que no conozco me va a clavar a la cama mientras estoy dormida. *Métete en la cama*, sigue cantando. Me tapa hasta el mentón y apaga la luz. Sangran montones de agujeritos que quedaron por los clavos. *Mañana, si Dios quiere, volverás a despertar*. Y si no, quedaré clavada a la cama para siempre. *Mañana, si Dios quiere, volverás a despertar*. Y las gotas de sangre se hacen piedra. Madre.

Una pelota es una cosa que rueda y a veces salta. Un padre es alguien que por mucho tiempo es más alto que uno. Mi padre, antes de ir a confesarse, se afeita y se pone una camisa limpia. A quien quisiera jugar a la pelota con una cabeza le molestaría solamente la nariz. Mi padre, antes de ir a confesarse, me pone sobre sus rodillas y me hace cabalgar. A este territorio entraron ya muchos niños cabalgando, mucho alimento para cuervos, muchos jinetes chillones de piel blanca que, antes de llegar al galope, se hunden en el pantano. La camisa de mi padre tiene rico olor y es rugosa cuando hundo mi cabeza en ella, luego de que con un impulso —que todas las veces me marea— me lanzo hacia arriba y emerjo del pantano. Padre.

Casa. Nuestra casa, el centro del jardín. Paredes rosadas, el color rosa blanqueado por el sol y quebradizo. Paso la uña por debajo del revoque y lo saco. Ahí abajo aparece el ocre. Cuando golpeo con una piedra este color que hay más atrás,

en las islas que excavé se abre otra capa más, es gris. No llego más profundo, el gris está muy bien pegado a las paredes de la casa, a lo mejor este gris es la casa misma. Mi madre dice: basta. Ya sé, también puedo entrar a la casa por la puerta.

Del sol a la sombra. En plantas de pies, del polvo a la piedra fría. Descalza. En este país casi siempre hay sol, sol y sol y sol; y el cielo que rodea al sol casi siempre está totalmente vacío. ¿Pero entonces qué come el sol?, le pregunto a mi padre. Agua, me responde. Y, ¿dónde está su cama? El sol no duerme, contesta. Cuando acá es de noche, sale al otro lado del mundo, dice. Lindo día hoy. Hoy y todos los días.

¿Por qué no tenías leche para darme?, le pregunto a mi madre. Algunas mujeres tienen mucha leche y otras nada, eso es todo, contesta mi madre. De los pechos de la nodriza tengo un recuerdo preciso. Por mucho tiempo tomé de ellos. Más tiempo que cualquier otro niño que conozca, dice mi madre. Incluso hasta primer grado, cuando llegaba a casa, primero que nada me sentaba en el regazo de la nodriza y tomaba. Aguada y dulce era su leche, sus pechos rosados y llenos, islas macizas sobre el cuerpo de una mujer que envejecía. Mi nodriza, quien sostuvo mi infancia entera como una manzana en su regazo, también cuando ya no tomaba más de ella, parecía un hada, con ojos verdes, oblicuos, como un hada expulsada de un cuento, ensombrecida por las raíces del pelo que se habían oscurecido, que después se volvieron grises, y por su ropa de colores otoñales, marrón, negro y oliva, también durante los veranos más calurosos. Yo completaba lo que veía con el sombrero invisible con forma de cono puntiagudo, celeste, con un velo. Normal no es, había dicho una vez mi madre cuando me vio tomando de

los pechos del hada y quiso despedir a la nodriza. Entonces dejó de hablar por tres días y al cuarto, la nodriza ya había vuelto a casa. Leche. Tomar.

Nunca vi el jardín de la nodriza. No sé si la caja de zapatos con las manos cayó en el pasto o entre las flores. No pasa nada, me dice la nodriza cuando se me cae el helado de las manos y me compra otro. Allí, donde el helado que se me cayó se derrite bajo el sol, queda una mancha clara sobre la calle. Marie, la hija de la nodriza, tiene los dedos mucho más largos que los míos, por eso a ella nunca se le cae el helado de las manos. Y sus manos están siempre limpias, sin importar cuán sucio esté lo que toca. Mis manos están siempre tan pegajosas y polvorientas como las cosas con las que jugamos o que comemos, como las calles de la ciudad en las que nos caemos cuando corremos o nos chocamos y empujamos. Como si la piel de Marie —que es algo así como mi hermana de leche— fuese diferente, aunque se sienta como la mía cuando la tomo de la mano. Como si ella en realidad fuese de cera o de piedra y por eso la mugre se le resbala. *Padre nuestro que estás en los cielos*. En las noches, cuando estoy acostada en la cama, me deslizo debajo de las sábanas y junto las manos, antes borro la piel con la goma para limpiarla, para que se parezca a la de las manos de Marie, ahora rezando arrastro todo el cielo con padre hacia mí, hacia la oscuridad. Decí buenos días, dale la mano, dale la mano.

Esos, luego sus amigos, luego los que se acuerden de esos, más tarde todos los que tengan miedo y, al final, todos. Eso dice mi padre en nuestra casa detrás de una puerta cerrada; para ese entonces la puerta todavía es enorme para mí, me imagino qué pasaría si se me cayera encima mientras escucho

a través de ella, si yo quedara plana por eso, de la puerta sale un olor a tabaco que llega hasta el pasillo, todos, y si hiciera ruido cuando se desplomase sobre mí o si una puerta de este tipo cayera silenciosamente sobre un cuerpo hecho de carne. Al día siguiente, mientras salto de una isla a otra sobre la alfombra de piedra de la ciudad, tomada de la mano de mi madre, hago la cuenta para adentro: esos. Luego sus amigos. Los que se acuerden. Los que tengan miedo. Y, al final, todos. O siempre en el negro o siempre en el blanco o siempre en el gris, de la mano de mi madre. Esta frase es como el versito del tatetí y, como cualquier versito, no puede parar hasta que no llegue al final: no puedo parar de saltar en la mitad, no me puedo quedar parada sobre una pierna en la mitad, en algún lugar de la ciudad, en el negro o el blanco o el gris. Tengo miedo por mi padre. Todos. Todos, todos.

Por acá pasó un pájaro, dice mi padre, se arrodilla junto a mí y señala un par de rayitas en forma de estrella que hay en la tierra negra al borde del jardín, a la sombra de los árboles, ahí donde no crece el pasto. *Volando un pajarito viene, se posa sobre mi pie, un mensajito en el pico tiene.* ¿Qué es una huella?, le pregunto a mi padre. Algo que no puede ser una casualidad, contesta mi padre. Pero entonces, digo yo, antes de saber lo que no puede ser una casualidad, tenés que saber todo lo demás. Probablemente, dice mi padre. Y entonces, ¿qué pasa con el tiempo doble que tiene una huella como esta?, pregunto. ¿Tiempo doble en qué sentido?, dice mi padre. El tiempo, digo yo, en el que el pájaro pasó por acá y el tiempo en el que nosotros nos damos cuenta de eso, en el medio, la huella vendría a ser como una especie de puente. Quizá, dice mi padre. Pero al final cuando sos lo suficientemente grande como para diferenciar la casualidad de todo lo demás ya te volviste muy